en breve tiempo de la compañía del esposo, y de la vista del hijo. Mi esposo fué muerto en una guerra civil que hubo en Stetin, donde nosotros residíamos entónces, y mi hijo siendo de edad de ocho años, desapareció de casa. Este fué para mí el dia mas amargo. La pérdida del hijo reprodujo mas vivamente la muerte del esposo, y en aquel mismo dia parece que acababa de perder á entrambos. Ningunas diligencias fuéron bastantes para encontrar al perdido hijo, ni

tampoco fuéron suficientes las reflexiones mas serias para consolarme. Entregada continuamente al llanto y al dolor, no podia hallar momento de quietud, hasta que resolví retirarme á esta agradable porcion de tierra, donde ha quince años que habito con mas serenidad de espíritu.

Y ¿ sabréis decirnos, señora, preguntó Federico, de que modo se estravió de casa vuestro hijo? Jamas he podido saberlo, respondió enternecida: solo pude averiguar despues

de las mas vivas diligencias, que lo habian visto en compañía de otros muchachos en las riberas del Óder, donde se celebráron aquellos dias unas solemnes fiestas. ¡Que ideas me renovais, señora! dijo Federico conmovido. En esas mismas fiestas me encontré yo, siendo de la misma edad que vos decis tendria entónces vuestro hijo. ¿Seria tal vez alguno de los que se embarcáron conmigo? ¿como se llamaba? Federico, respondió Casimira. ¡Cielos! dijo él mismo: no habia en

mi compañía otro de este nombre mas que yo. ¡Dios inmortal! esclamó Casimira sobresaltada. ¿Federico os llamais? y ¿estuvisteis en las fiestas del Óder? y ¿teniais ocho años no mas? y ¿os estraviasteis en compañía de otros muchachos? ¡Corazon mio! ¿que dulce inquietud es esta? ¡que débiles esperanzas!... Pero decidme, caballero: ¿habeis visto desde entónces á vuestros padres? No conocí mas que á mi madre, respondió Federico, y no la he visto ya mas desde entónces. ¡Cie-

los santos! esclamó Casimira. ¿ Podré creerlo ? El tono de la voz, las facciones del rostro, todo es de su padre. Narcisa, dulce hija mia, ven acá, sostenme... Federico, conservais una cicatriz en el pecho... ¡ Madre mia ! dijo Federico entónces, arrojándose á Casimira; ¿ soy yo vuestro hijo ? ¿ sois vos mi madre?

Ninguno pudo proferir ya otra palabra, ni yo podré tampoco pintaros tan dulce y afectuosa escena. Así lo creemos, señora, dijo el capitan : semejante

placer ni aun sabe espresarlo el mismo que lo esperimenta ; pero ¿ contó despues Federico el modo con que sucedió su pérdida ? Sí, respondió Ulrica-Leonor. Acompañado de algunos muchachos de su misma edad, marchó sin licencia de su madre á ver las fiestas que se celebraban en las riberas del Óder ; pero fastidiados pronto de ver los juegos que se hacian, se separáron del concurso, y marcháron á lo largo del rio. Al cabo de un dilatado espacio encontráron

una lancha arrimada á la márgen, y viendo que por allí no habia persona alguna que pudiera divisarlos, se entráron en ella, y le cortáron la amarra que la detenia.

No tenian sus tiernos brazos bastante fuerza para manejar los remos, ni sabian el arte de marear; á cuya causa la corriente del rio se los fué llevando insensiblemente, hasta que los introdujo en el mar; y hubieran perecido, á no socorrerles una nave dinamarquesa que encontráron. Condujéronlos

á la isla de Zelandia, donde viéndose sin recurso para volver á su patria, determináron continuar en la marinería, alistándose para servir al rey mi padre en la guerra. De esta suerte sucedió, que Federico se encontrase en la nave que mi hermano Cristerno despachó para que me apresara, y condujera á Copenhague; y sucesivamente acaeció lo que habeis oido, hasta que por particular providencia del cielo llegamos á la quinta de Casimira, madre de Federico.

¡Cuan admirablemente se deja ver la providencia en todas las cosas! dijo Andrónico en este punto. Á la compasiva Casimira, parece que no le faltaba para su felicidad mas que el hallazgo de su hijo; y la providencia, por conductos escondidos á nuestros ojos, lo conduce á su misma casa, y lo coloca en su amoroso regazo. ¿Que aquella noble generosidad con que socorria á sus prógimos, no le habia de grangear las bendiciones del cielo? El cielo nunca deja de

recompensar el mérito de la virtud. Con un solo golpe de su equidad premia la conmiseracion de Casimira, y alivia la afliccion de Ulrica-Leonor y de Federico, que esperaban en su providencia.

Así es á la verdad, dijo Maximino, uno de los caballeros que iban en la nave. Pero ¿por que ha de mantener Dios tanto tiempo elevados á los impíos sobre el monte de la prosperidad, y ha de permitir que los justos anden abrumados con la pesada carga de los infor-

tunios ? Los buenos viendo una permision que parece injusta, son capaces de arrepentirse de su conducta, y tal vez de envidiar la suerte de los malvados. ¿ Por que el perverso Cristerno ha de seguir una vida brillante entre las delicias de su palacio, rodeado de guardias que le defienden, y de cortesanos que le adulan, en tanto que sus hermanos Valdemaro y Ulrica-Leonor andan arrastrando la pesada cadena de las desgracias ? Esta condescendencia de Dios con

los impíos, es capaz de trastornar el ánimo de los justos, y tal vez de hacerles concebir alguna duda sobre su equidad.

Alegróse Valdemaro de que Maximino suscitara este punto, porque aunque ya lo habia tratado Andrónico en otra ocasion, no habia quedado bastantemente satisfecho, y deseaba que lo esplicase mas, para que no reverdecieran en su ánimo sus antiguas desesperaciones. Andrónico no se alegró ménos, viéndose en ocasion de hablar sobre un asunto, que de-

seaba dejar bien declarado para el aprovechamiento de Valdemaro y de Ulrica-Leonor ; á cuya causa dijo con amable despejo:

La misma diferencia que hay entre la vana prosperidad de los malos y la verdadera felicidad de los justos , es bastante solucion á la duda que habeis propuesto. La prosperidad de los impíos es como la flor que se abre por la mañana , se marchita al mediodía , y se seca al anochecer. Su grandeza solo sirve para deslumbrarlos; y por mas que se eleven

ahora sobre los montes de la fortuna , presto desaparecerán , como aquellas exhalaciones salidas de la tierra , que en llegando á cierta distancia , se desvanecen. Iráse despues á buscar el sitio donde existiéron , se requerirá el lugar donde disfrutáron sus placeres , pero ni aun se encontrará el menor vestigio.

¿ Que fortuna es esta, para que la envidien los justos que esperan en el Señor , y tienen cifrada toda su gloria en complacerle ? Estos bien miran la

prosperidad de los impíos; pero léjos de envidiarla, la compadecen, porque conocen la rapidez de su duracion, y saben que á la manera que el diestro labrador arranca de sus campos los árboles infructuosos y podridos, arrancará Dios á los malvados del centro de sus placeres.

Mas aun cuando la prosperidad de los impíos compitiera con la duracion de los tiempos, ¿que podria tener de comun con la sólida felicidad de los justos? Los impíos, aun

cuando corren sin tropiezo por el camino de sus deleytes, no pueden encontrar una leve porcion de aquel placer puro, que gozan los justos en medio de sus mayores aflicciones: su mordaz conciencia les corroe continuamente; y sus artificios, sus cabalas, sus enredos, son otras tantas furias domésticas que los despedazan. Una débil nube que salga á disputarle la claridad al sol, piensan que ha de resolverse en rayos para aniquilarlos; la mas ligera ráfaga que for-

me el viento, les parece un huracan furioso que ha de arrancarles la casa desde sus cimientos; al ruido mas leve se estremecen, les asusta cualquier rumor, y al mas ligero golpe se agitan y se conmueven.

Pero los justos, que solamente viven al abrigo de su Dios, nada reconocen sobre la tierra, que pueda perturbarles aquella dulce paz, cuyas delicias, mas suaves que todos los placeres, gozan sin interrupcion. Que los mares traspasen sus límetes é inunden la tierra, que

las fieras habiten las casas de los hombres, que el curso de los planetas se trastorne, que el movimiento de los cielos se desordene, y que todo se desplome sobre la tierra; ellos siempre inalterables, levantan humildemente los ojos á su Dios, de quien solo dependen, y de quien únicamente esperan el consuelo. La firmeza de su corazon nunca se abate, y su alma siempre se vé colmada de dulzuras. Maquinen sus enemigos los mas perversos designios, ármenles lazos para pren-

derles, llenen de tropiezos todos los caminos para precipitarlos, el Señor que se lisonjea de guiar sus pasos, hará que caminen sin lesion sobre los mismos peligros, y los sacará indemnes de todas las asechanzas.

Valdemaro y Ulrica-Leonor, cuyas desgracias, ocasionadas por la ferocidad de Cristerno, tanto han desazonado vuestro ánimo, nos sirven de egemplar, que confirme las verdades que os acabo de decir. De la obscuridad y lobreguez de la cárcel en donde Cristerno tenia

sepultado á Valdemaro, lo sacó Dios por medio de Ulrica-Leonor; y en todos los naufragios que ha padecido, hemos visto que el Señor lo ha sacado á salvo por encima de las mismas ondas enfurecidas. Su inocencia ha salido inmaculada, por mas que procurase mancharla su hermano con la infamia del parricidio. Y para acabarnos de convencer, que el Señor se burla de los esfuerzos que hacen los malvados para esterminar al inocente, pongamos nò mas la vista en Ulrica-

Leonor, cuando salió libre de las sacrílegas manos que querian ultrajarla, y de la impía chusma que intentaba prenderla, para entregarla á la furia de Cristerno.

Concluyamos de una vez: los impíos serán arruinados dentro de breve tiempo, y los justos poseerán pacíficamente aquella herencia incontaminada que Dios les reserva. No envidiemos la vana felicidad de los impíos, ni vosotros, Valdemaro y Ulrica-Leonor, tengais zelos de la caduca prosperidad

de vuestro hermano. Aunque le veais ahora exaltado sobre el trono de magestad, bien así como lo está el cedro junto á las frescas corrientes de un arroyo, presto lo veréis despojado de su lozanía. Su soberbia será humillada, y el golpe de su caida será tanto mas ruidoso, cuanto fué mas violenta su elevacion. En vano se buscará despues el lugar que ocupaba, porque ni aun se encontrará el menor vestigio; y si tal vez quiere alguno encomendar á la posteridad las

memorias de su reynado, solo será con estilo de horror, para que sirva de funesto egemplar á los ambiciosos.

Y cuando el impío será esterminado despues de un breve, aunque brillante curso de vida; cuando sobre sus mismas ruinas se levante el justo perseguido y humillado para vivir tranquilamente en la region eterna de la paz, ¿podrémos decir, que Dios no procede con equidad? Y ¿serán capaces los justos de envidiar la falsa felicidad de los impíos,

sabiendo la escesiva diferencia que hay entre una y otra? ¿Podrán Valdemaro y Ulrica-Leonor tener zelos de la favorable fortuna de su hermano? Valdemaro y Ulrica-Leonor piensan de otro modo, y mas bien querrán vivir abatidos en la casa de su Dios, que exaltados en los palacios de los protervos.

Celebro vuestro discurso, amable caballero, dijo Maximino; pero sabed, que mas os he provocado para que esforzaseis los ánimos de Valdemaro y

Ulrica-Leonor, que para que me convencierais de una verdad que creo sin disputa. Os agradecemos vuestro zelo, dijo Valdemaro, y estimamos sobre toda ponderacion el cuidado que teneis de nuestro sosiego. Pero degemos ahora, si os parece, que prosiga mi hermana su historia, que estoy impaciente por saber el fin. Estamos contentos de ello, respondiéron todos; y anudando Ulrica-Leonor el hilo de su razonamiento, dijo:

Al cabo de cuatro dias que estaba en la quinta,

tratada con aquella generosidad que caracterizaba el bizarro corazon de Casimira, supe por un caballero que pasó casualmente para Stetin, como mi hermano Valdemaro, segun inferí de sus respuestas, estaria seguramente en Rostock, donde lo habia dejado esperando ocasion de embarcarse para la Suecia. ¡Que cruel agitacion escitó en mi alma tan no esperada noticia! Cuando pensaba que mi hermano estaria en Suecia, tomando las disposiciones necesarias para destronar

al pérfido Cristerno, oygo, que hecho triste juguete de la fortuna, vaga incógnito por tierras estrañas, sin arrimo alguno que le sostenga en su desgracia.

Este mismo dia quiero que sea el de mi partida, le dije prontamente á Casimira. Ya sabeis, señora, los motivos que me impelen á emprender este viage; no puedo tener sosiego hasta que encuentre á mi hermano, y no habrá dificultad que no atropelle para encontrarlo. Pensad en que puedo seros agradecida, y dadme

permiso para marchar.

La discreta y amable Casimira, conociendo que el dilatar mi partida, seria añadir nuevos martirios á mi alma, me dió su permiso. Queria que me acompañara su hijo Federico; pero no lo pude consentir jamas, porque me parecia especie de crueldad, robárle un solo momento la prenda que acababa de encontrar, al cabo de tanto tiempo que la lloraba perdida. Sin embargo dispuso, que me acompañasen dos criados suyos de su mayor con-

fianza, cuyo favor acepté gustosa, y despues de habernos provisto de lo necesario para el viage, nos despedimos con no pocas lágrimas de ternura.

Mas no sé con que terrible ceño me mira la fortuna, que por todas partes me va preparando lazos y tropiezos. Al segundo dia de nuestro viage, nos asaltáron de improviso seis hombres de bárbaras costumbres, segun lo mostró el efecto. Intentáron despojarnos de todos los efectos que llevábamos; y porque hallá-

ron resistencia en mis dos criados, les quitáron la vida, y á mí me amarráron al tronco de un árbol inhumanamente. Mis ruegos y las lágrimas que derramaba á mares, pudiéron alcanzar de los justos cielos, que aquellos malvados no ultrajasen mi honestidad.

Dejáronme amarrada, partiéronse contentos con la presa, y yo quédé dando voces al viento, porque nadie acudia á socorrerme, ni en todo aquel vasto desierto descubria cosa que pudiera servirme de alivio. Pero ¡ triste de

mí! uno de aquellos bárbaros que ántes me habian dejado libre de todo lascivo insulto, volvió despues de largo rato, rompió mis ligaduras, y comenzó á solicitarme con halagos. ¡Bárbaro, como no te tragó la tierra! Llevóme á una casa derruida que se divisaba á lo léjos, redobló su porfía, reiteró sus sumisiones; pero viendo bien á despecho suyo mi resistencia, trocó en amenazas sus halagos. ¡Ay de mí! Hubiera triunfado ignominiosamente de mis esfuer-

zos, si el cielo no me socorriera por medio de Rosendo que está presente. Este caballero me arrancó de sus impuros brazos, dándole valerosamente la muerte, y despues me acompañó hasta embarcarnos. Pero cuando la tirana fortuna conspira contra nuestra quietud, ¿quien es capaz de resistirla? Navegábamos tranquilamente, y con toda la seguridad que puede ofrecer el inconstante mar, cuando de repente se levanta una furiosa borrasca, arrebata la nave contra unas

rocas, y la hace pedazos. Asíme de una tabla, y fuí arrojada de un golpe sobre una isleta.

Absorta estuve allí la mayor parte del dia, y al punto que queria emboscarme, divisé este navío que daba muestras de pasar por frente de ella. Cuando lo ví á poca distancia, dí voces, fuéron atendidas, y yo amorosamente recogida. Dios recompense vuestra noble compasion, generoso capitan, así como yo se lo pido con toda la sinceridad de mi corazon.

Teodoria
37

LIBRO VII.

En el obscuro centro del reyno de las tinieblas hay un palacio lóbrego y asombroso, donde tiene su morada el inexorable Pluton. Está continuamente sobre su trono de lúgubre ébano, infundiendo espantoso horror con sus ojos amenazadores á cuantos tienen la desgracia de verlo. Un horrible silencio reyna de continuo en aquella tene-